

Escudo



EL ESCUDO DEL PONTIFICADO DE MONSEÑOR FRANCISCO JESÚS OROZCO MENGÍBAR

En el escudo de don Francisco Jesús Orozco aparecen varios elementos simbólicos. Aparece como motivo central el Pelícano místico como símbolo cristológico y eucarístico; el fondo de color verde hace referencia a la vida eterna y la esperanza, que la Santa Madre Iglesia actualiza y anuncia.

El Pelícano piadoso ha anidado, (en forma de 'M', en alusión a la siempre Virgen María) con las uvas y espigas del Sacrificio Eucarístico, con las flores del girasol y el algodón, trabajo de la campiña cordobesa, las riberas del Guadalquivir y Villafranca de Córdoba, donde reina la Stma. Virgen de los Remedios, representada también con el fruto de la higuera, inscrito en la estrella de la triple virginidad, que su sagrada imagen porta en su mano derecha. 'El fruto de la tierra y del trabajo de los hombres', será por virtud de la Gracia, Sacramento de Salvación.

El pueblo natal de don Francisco Jesús Orozco aparece representado mediante su característico puente y parte del escudo municipal con las agujas que nimbán y coronan al Sacro Ave, signo asimismo de la restauración obrada por el Sacrificio salvífico de Cristo.

1.- Descripción heráldica:

El escudo tiene los siguientes elementos:

En campo de sinople: Pelícano místico en plata, nimbado de oro y coronado de dos agujas cruzadas en sable; bajo el Ave, nido en forma de 'M' de espiga, girasol, flor de algodón y racimo de uvas y breva inscrita en estrella española de oro, frutas todas en su esmalte natural. En punta: el puente de Villafranca de Córdoba, en gules.

A cola: cruz episcopal, de oro, trebolada.

Al timbre: de sinople, capelo episcopal.

La divisa prelatia reza: LIVORE TUO SANATI SUMUS (*"Tus heridas nos han curado"*)

2.- Explicación teológico-espiritual del escudo y lema episcopal

"Tus heridas nos han curado" (1 Pe 2,24)

El lema episcopal de Monseñor Francisco Jesús Orozco, *"tus heridas nos han curado"*, recoge palabras del anuncio que Pedro dirigió a los primeros convertidos y da sentido a

cada uno de los símbolos que acompañan al escudo. Esos símbolos describen la misión sacerdotal y redentora de Cristo, único Mediador entre Dios y los hombres, prolongada en la vida sacramental de la Iglesia, su Cuerpo, su Esposa, especialmente en la Eucaristía.

Jesucristo mismo es el Buen Samaritano, que se acerca a todo hombre y “cura sus heridas con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza” (Prefacio común, VIII) y lo lleva a la posada, que es la Iglesia, donde hace que lo cuiden, confiándolo a sus ministros y pagando personalmente de antemano lo necesario para su curación. Y nos invita: “anda, haz tú lo mismo”.

¡Cuántas heridas, cuánto dolor en el mundo! Es precisamente a través de las llagas resucitadas de Cristo como nosotros podemos ver, con ojos de esperanza, todos los males que afligen a la humanidad. Al resucitar, el Señor no eliminó el sufrimiento ni el mal del mundo, sino que los venció de raíz. A la prepotencia del mal opuso la omnipotencia de su amor. Así nos indicó que el camino de la paz y de la alegría es el amor: «como yo os he amado, amaos también vosotros los unos a los otros» (Jn 13, 34).

San Bernardo afirma: «Dios no puede padecer, pero puede compadecer». Dios, la Verdad y el Amor en persona, quiso sufrir por nosotros y con nosotros; se hizo hombre para poder *com-padecer* con el hombre, de modo real, en carne y sangre. Por eso, en cada sufrimiento humano ha entrado Uno que comparte el sufrimiento y la paciencia; en cada sufrimiento se difunde la *con-solatio*, la consolación del amor partícipe de Dios para hacer que brille la estrella de la esperanza (cf. Benedicto XVI, *Spe salvi*, 39).

El pelícano piadoso, Jesucristo, es el motivo central del escudo. La iconografía cristiana ha expresado por medio de esta imagen la entrega sacerdotal y eucarística de Jesucristo. El pelícano suele golpear su pico y su bolsa contra el pecho para sacar el pescado y poder dar de comer a sus crías. El hecho de alimentar a sus hijos con su propia carne y su propia sangre, vinculó al pelícano con la propia Eucaristía. El pan y el vino, a través de la transubstanciación, se convierten en el Cuerpo y en la Sangre de Jesús, alimento para el alma de los cristianos.

Las tres gotas de sangre que emanan del pecho del pelícano expresan el costado abierto de Jesucristo y la economía trinitaria en la historia de la salvación.

Sin el alimento sagrado los polluelos, la Iglesia, morirían de hambre. Es el misterio que celebramos en el sacramento central de nuestra fe: la Eucaristía.

La Hostia Sagrada, situada tras el pelícano, nos actualiza el sacrificio medicinal y curativo de las heridas de Cristo para el cristiano peregrino.

Las agujas, en forma de cruz, en la Hostia Santa, expresan al Cirujano divino que ha cosido en su propio cuerpo las heridas de la división del pecado para unir, como buen tejedor, lo que estaba separado. Son las agujas en las manos calladas de tantas buenas madres y santas mujeres que, con su trabajo, callado y sacrificado en las labores del hogar, han sabido hacer el mejor zurcido en la vida de aquellos a los que han querido servir por amor y gratuitamente. Son las agujas que aparecen en el escudo del pueblo natal del obispo.

Bajo el pelícano, **en forma de M, de María** -significando un sagrario virginal, bendito e inmaculado, en el que florece el Médico Divino- aparece un **ramillete de frutos de la tierra**, tan presentes en la rica campiña cordobesa, como expresión de la vida que ha producido la muerte del pelícano piadoso, Jesucristo. “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto” (Jn 12,24). La primavera de los campos nos trae la nueva vida del Resucitado. Son los frutos de la tierra y del trabajo de los hombres, que son ofrendas en la santa Misa.

Uvas y trigo, Eucaristía: uvas que se pisan y trigo que se muele. Cuerpo y Sangre del Cordero de Dios, que se pisa y se muele en la cruz para quitar el pecado del mundo. “Tus heridas nos han curado”.

Girasol que vive y crece mirando la luz y el sol de la gracia. Solo somos mirando al que es: “el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado”

(GS 22). En el ocaso de su vida, el girasol ha de reclinar su ser al creador que le donó la existencia.

Rama de algodón: algodón que consuela y cura las heridas, que sirve para tejer y vestir de pureza blanca los campos andaluces. La rama de algodón hiere y pincha a quien lo extrae manualmente, transmitiendo esa paradoja evangélica que anuncia el camino de la muerte a la vida, de las heridas a la curación, del dolor a la esperanza: el único camino de la Resurrección es el Calvario. Es este signo un guiño a los trabajadores de los campos andaluces, hombres y mujeres que con sus vidas entregadas y difíciles han sabido colaborar en la construcción de verdaderos valores cristianos y han sabido ofrecer, al ejemplo de San Isidro Labrador, sus duros trabajos al Señor.

Breva mariana, inserta en la estrella virginal de María Santísima: La tradición narra que la Virgen de los Remedios -Patrona del pueblo natal del obispo- se apareció sobre una higuera y sostiene una breva en su mano. Ella es puente seguro que nos lleva a Jesucristo, la Pontífice maternal que nos introduce en la voluntad del Hijo: “Haced lo que Él os diga”. Se convierte por su “sí” en la corredentora, mediadora de todas las gracias (Vaticano II, LG 62).

Puente: icono de la mediación cristiana. Jesucristo es el Sacerdote, el Pontífice que ha sabido unir en la Encarnación de forma perfecta a Dios y al Hombre. Lo que el pecado había separado, Jesucristo, puente divino y humano, lo ha reconciliado con su propia sangre. El puente representado es el viejo puente de Villafranca de Córdoba, pueblo natal del obispo. Puente que une, que salva, que reconcilia, que cura uniendo lo separado.

“Tus heridas nos han curado”: como dijo el Papa Francisco en una audiencia, “la misericordia puede curar las heridas y puede cambiar la historia”. “Jesús mío, pelícano piadoso, con tu sangre mi pecho impuro limpia, que de tal sangre una gotita puede todo el mundo salvar de su malicia,” (Santo Tomás de Aquino, Adoro te devote).

PRIMERAS PALABRAS DEL NUEVO OBISPO DE GUADIX

“He aquí que vengo para hacer tu voluntad” (Hb 10, 9). El autor de la carta a los Hebreos nos ha situado en la atmósfera propicia para poder vivir en la obediencia de Cristo nuestra propia vocación cristiana. Hoy, este es el mejor contexto para rumiar, en el corazón de la liturgia cristiana, mi envío como sucesor de los Apóstoles a servir a la Iglesia: ¡aquí estoy para hacer tu voluntad!

El Santo Papa Juan Pablo II, describía la misión de los obispos: “ser obreros en la mies de la historia del mundo con la tarea de curar abriendo las puertas del mundo al señorío de Dios, a fin de que se haga la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo.

Y nuestro ministerio se describe como cooperación a la misión de Jesucristo, como participación en el don del Espíritu Santo, que se le dio a él en cuanto Mesías, el Hijo ungido de Dios.” El ministerio episcopal solo se comprende a partir de Cristo, la fuente del único y supremo sacerdocio, del que el obispo es partícipe.

Por tanto, el obispo, decía el Santo Pastor, «se esforzará en adoptar un estilo de vida que imite la kénosis de Cristo siervo, pobre y humilde, de manera que el ejercicio de su ministerio pastoral sea un reflejo coherente de Jesús, Siervo de Dios, y lo lleve a ser, como él, cercano a todos, desde el más grande al más pequeño» (Juan Pablo II, Pastores gregis, 11).

Lo decía también San Juan de Ávila, maestro de santos y doctor de la Iglesia: “no son llamados a obispos para su provecho, no para riquezas, no para regalos, sino para trabajar en lo exterior y cuidados en lo interior; y no de cualquier cosa, sino de la más importante, cual es la gloria de Dios.”

El Papa Francisco, al inicio de su pontificado, en un encuentro con los nuncios y delegados pontificios, les ofrecía el papel de un obispo de hoy en cuatro notas bien concretas que pido al Señor poder vivir en mi ministerio:

- 1.- Que los obispos sean pastores cercanos a la gente, padres y hermanos, que sean amables, pacientes y misericordiosos.
- 2.- Que amen la pobreza, tanto la interior, que hace libres para el Señor, como la exterior, que es sencillez y austeridad de vida.
- 3.- Que no tengan una psicología de príncipes.
- 4.- Que sean pastores con olor a oveja, que se alejen del “carrerismo fácil” y sean “humildes, mansos y estén al servicio del pueblo, para que “no se conviertan en lobos rapaces”.

Nos invitan a andar este camino, las lecturas del cuarto domingo de adviento, que nos traen la Navidad, que es Jesucristo, de las manos de María, siempre Virgen y modelo de servicio en la caridad a todos los hombres, en el misterio de la visitación a su pariente. Isabel ha experimentado la indignidad ante tan magno acontecimiento.

Ella, débil, anciana y pobre, se desconcierta ante la visita de su Señor en el sagrario virginal e inmaculado de su prima María.

Es la pequeñez del barro ante la grandeza de la Luz: “¿quién soy yo para que me visite la Madre de mi Señor?” Es la indignidad de Pedro al encontrar de nuevo a su Señor, después de las negaciones y el Amor misericordioso de Cristo, que siempre salva: “apacienta mis ovejas”. Es la pequeñez del hombre que ha experimentado su ser creatural ante la Presencia de su Hacedor.

Es la indignidad que hoy experimento ante la llamada del Señor que me ha elegido para ser sucesor de los Apóstoles. El Señor convierte la debilidad de mis piedras y límites en el pan de su cercanía ministerial.

Como dijera nuestro querido Papa emérito Benedicto XVI, “me consuela que el Señor sepa trabajar con instrumentos insuficientes y me entrego a vuestras oraciones”. Rezad por mí y conmigo, con la oración colecta de esta Eucaristía: oh Dios, que, por pura generosidad de tu gracia, has querido ponerme hoy al frente de tu Iglesia de Guadix. Concédeme ejercer dignamente el ministerio episcopal y guiar con la palabra y el ejemplo, bajo tu amparo, la grey que me has confiado.”

La Virgen María supo vivir esa disposición oblativa hasta el extremo: “he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra.” En un sermón de Navidad, predicando en el día de San Esteban, en un convento de monjas, decía San Juan de Ávila: “para dártelo a ti, lo pone María en el pesebre”.

La Virgen María nos da a Jesucristo mismo, el Buen Samaritano, que se acerca a todo hombre y “cura sus heridas con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza” (Prefacio común, VIII) y lo lleva a la posada, que es la Iglesia, donde hace que lo cuiden, confiándolo a sus ministros y pagando personalmente de antemano lo necesario para su curación. Y nos invita: “anda, haz tú lo mismo”.

Ante la realidad de ser elegido y llamado, corresponde la confianza: “el Señor que ha iniciado esta obra buena, Él la llevará a término”. Con la oración sobre las ofrendas, rezad por mí y conmigo, para que el Señor aumente en mí el espíritu de servicio y lleve a término lo que me ha entregado sin mérito propio. En palabras de Santa Teresita me dice hoy: “confianza, es la mano de Jesús que dirige todo”.

Inicio, con alegría, la misión que acabo de recibir del mismo Cristo, por manos de los Apóstoles, en la Iglesia, habiendo sido agregado al Colegio episcopal por la plenitud del sacramento del Orden. Colegio Apostólico que sucede a los Doce, presididos por uno que preside, guía y confirma, el Santo Padre Francisco, que ocupa el lugar de Pedro.

Me dirijo con afecto al Sr. Nuncio de su santidad en España. Agradezco su presencia en esta celebración y su buen servicio en la Iglesia de España. Le pido que haga llegar al Papa mi afecto filial y mi gratitud por la confianza que me ha dispensado, al nombrarme sucesor de los Apóstoles y enviarme a presidir la Iglesia que camina en Guadix.

Pido al Señor que mi ministerio sirva siempre para que el Pueblo de Dios, que camina en esta Iglesia particular, siga siempre fiel al magisterio del Papa y de los Obispos en comunión con él.

Saludo a los señores Cardenales, Arzobispos y Obispos que hoy nos honran con su presencia en esta celebración, expresando nuestra comunión afectiva y efectiva en el Colegio episcopal. La acogida fraterna que me habéis manifestado desde el momento en que se hizo público mi nombramiento ha sido, sin duda, uno de los consuelos con los que el Señor ha querido acercarme, por medio de vosotros, su presencia y la verdad de la comunión eclesial.

Queridos sacerdotes, amigos y fieles de mi diócesis de origen, Córdoba; a los de San Francisco Solano de Montilla, Santo Domingo de Guzmán y San Mateo de Lucena; a los de San Miguel y Ntra. Sra. de la Merced, en Córdoba; parroquias donde he ejercido mi ministerio sacerdotal como párroco: con vosotros he aprendido que servir a los hombres es la tarea y el gozo del pastor y, a la vez, es, en este servicio y en la comunidad orante donde encuentra su verdadero sustento.

¡Qué bella es la caridad pastoral! Como decía el Santo Obispo de Hipona: “lo más temible en este cargo es el peligro de complacernos más en su aspecto honorífico que en la utilidad que reporta a vuestra salvación. Mas, si por un lado me aterroriza lo que soy para vosotros, por otro me consuela lo que soy con vosotros.

Soy obispo para vosotros, soy cristiano con vosotros”. Los distintos destinos pastorales han configurado mi vida personal y sacerdotal. Habéis sido el regalo más preciado que Cristo me ha donado en mi sacerdocio. ¡Cuántos testigos verdaderos y silenciosos del evangelio! ¡Cuántos buenos cristianos y almas grandes me he encontrado y me han ayudado a alimentar mi propia vida cristiana y mi vida sacerdotal! Gracias por haberme regalado a Cristo en vuestras vidas, en vuestras historias personales, en vuestros gozos y cruces.

Mi gratitud a quienes han sido mis Obispos consagrantes, que acompañaron mi sacerdocio en Córdoba: D. Javier, D. Juan José y D. Demetrio. Hasta el momento de mi nombramiento episcopal, he colaborado con D. Demetrio muy cercanamente como vicario general. Quiero agradecerle que siempre, pero más intensamente en estos dos meses, ha sido un verdadero padre y ángel custodio de mis primeros pasos en esta nueva etapa episcopal.

¡Gracias D. Demetrio, por todo el cariño e interés que ha puesto en ayudarme en mi incorporación a este ministerio y a mi querida Iglesia de Guadix! Y Felicidades. Hoy hace 44 años que el Señor lo hacía sacerdote para toda la eternidad.

Y qué alegría poder compartir este ministerio apostólico con hermanos a los que estuve unido en el presbiterio diocesano de Córdoba: D. Santiago, obispo auxiliar de Sevilla y D. Mario, Obispo de Bilbao.

Cuando miro mi vida a la luz de la Providencia divina y de todos sus regalos, mi pensamiento se dirige agradecido, en primer lugar, a vosotros, mis queridísimos padres, que siempre habéis sabido darlo todo en grandes sacrificios por mi bien.

Os agradezco haber sido para mí el verdadero libro para entender el valor del trabajo y el servicio sencillo en la vida cotidiana. Papá, mamá: gracias por haber sido el mejor ejemplo para leer en las dificultades y en las contrariedades la sabiduría de la cruz, que conduce siempre a la Vida.

Querida hermana, cuñado, sobrinos, familia y paisanos de Villafranca, mi pueblo natal. Compartimos raíces que fortalecen nuestra vida y nuestra fe. Os agradezco a todos vuestra presencia numerosa aquí esta mañana, vuestras oraciones y tanta alegría cristiana como en estos meses habéis expresado, porque el Señor ha llamado a un villafranqueño para ser obispo. Ponedme en el corazón de la Virgen de los Remedios.

Y hoy, sobre todo, quiero saludaros y agradeceros vuestra oración, a vosotros, hermanos y hermanas de la Iglesia de Guadix. Saludo y felicito a D. José Francisco, administrador diocesano, que, en estos meses, desde que se fuera a Getafe nuestro querido D. Ginés, has sabido conducir y orientar todas las tareas diocesanas desde el corazón de Cristo.

El Señor pague tu generosidad y buen servicio a la Iglesia. Os saludo a todos, queridos sacerdotes, diácono, seminaristas mayores y menores, religiosos y religiosas, contemplativas, movimientos y asociaciones, hermandades y cofradías, familias

cristianas, jóvenes y ancianos, niños. Un saludo lleno de cercanía para los que pasáis por momentos de dificultad, sufrimiento o soledad. A todos os llevo en mi oración y en el corazón, desde el día en que el Señor Nuncio me señalaba Guadix, de parte del Papa, como el lugar de la Providencia para mí.

Os muestro mi plena disponibilidad. Como dijera Santa Teresa mirando a Jesucristo, os digo yo a vosotros: “vuestro soy, para vosotros nací ¿qué mandáis hacer de mí?”. Vengo a unirme a vuestra rica historia de fe que tantos frutos ha dado desde su fundación, allá por el año 47 de nuestra era, por nuestro Patrón y primero de los siete Varones apostólicos, San Torcuato.

A él, Obispo mártir santo, me encomiendo y pongo bajo su intercesión todas nuestras tareas diocesanas. Su sangre, unida a la de todos los mártires con cuna en Guadix (Beato Manuel Medina Olmos, San Pedro Poveda y otros muchos) y a la de toda la Iglesia, es semilla de cristianos y de una historia rica de fe, que nos hace gritar con esperanza, mirando a Cristo: “tus heridas nos han curado”.

Con el apóstol Pedro os digo: “no tengo plata ni oro, pero os doy lo que tengo” (Hch 3,6), a Jesucristo. Deseo que me permitáis caminar con vosotros, como un hermano enviado por el Señor que viene a unirse a los trabajos duros que lleváis adelante por el Evangelio y que quiere servir y estar cerca especialmente de los más pobres y quienes peor lo pasan.

Permitidme un saludo especial y mi agradecimiento para todos los que os habéis esmerado en la preparación de esta solemne celebración. Antes de ayer, pude saludar a los voluntarios, en gran parte procedentes de las diferentes Hermandades y Cofradías, a los que quiero mostrar mi respeto y agradecimiento por su servicio eclesial hoy.

Mi agradecimiento al Cabildo catedralicio, Sacerdotes coordinadores, diáconos, seminaristas, voluntarios, protección civil, fuerzas de seguridad, equipos sanitarios y de emergencias, medios de comunicación, federación de Hermandades y Cofradías, coros Acyda, Accichorus, Antiguos escolanos, Pueri cantores “María Briz” y a D. Rafael Pascual, organista.

Saludo, también, con respeto a las autoridades civiles, militares, judiciales y educativas de la Comunidad Autónoma de Andalucía, de la provincia de Granada y de la Diócesis de Guadix, así como a los venidos desde Córdoba, Lucena y Villafranca.

Gracias por vuestra presencia, que pone de manifiesto la llamada a trabajar juntos por el bien común y la dignidad del hombre, que nunca puede ser encarcelada en una existencia ajena a lo trascendente, donde termina esclavo de sí mismo. Contad siempre con mi oración en vuestra delicada y difícil función civil. Quiera el Señor que siempre podamos trabajar en la construcción de un tejido social donde todo creyente se encuentre respetado en sus expresiones religiosas.

Guadix es tierra de María. Así lo expresan tantas advocaciones entrañables que recogen el amor a la Virgen: Angustias, Piedad, Gracia, Cabeza, Purificación y otras muchas tan arraigadas en el corazón mariano de nuestra diócesis.

A la Madre de Cristo y Madre nuestra encomiendo mi servicio episcopal. Que Ella me haga siempre, con la mirada puesta en el cielo, testigo alegre, cercano y misericordioso del Corazón resucitado del Buen Pastor en la tierra, aquí en Guadix. Miremos juntos al que María pone en el pesebre y digamos con nuestra vida: “Tus heridas nos han curado”.

Amén.

Fuente: <https://elaccitano.com/>

Adaptación y arreglos: Francisco Ortiz Sedano